

UN DIA  
EN EL CAMPAMENTO.

GALERIA DE BOCETOS

POR

D. JOSÉ SALVADOR DE SALVADOR.

---

GRANADA.

30 de Mayo de 1866.

IMPRESA Y LIBRERIA DE D. JOSÉ MARIA ZAMORA.

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL  
GRANADA

Sala: C

Estante: 004

Numero: 051 (7)

~~Biblioteca Universitaria  
GRANADA~~

~~Sala: B~~

~~Estante: 14~~

~~Numero: 260 (2)~~

2 400 40

Safra

0  
1  
2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13  
14  
15  
16  
17  
18  
19  
20

R-25-530



|                                     |         |
|-------------------------------------|---------|
| BIBLIOTECA HOSPITAL REAL<br>GRANADA |         |
| Sala:                               | C       |
| Estante:                            | 001     |
| Numero:                             | 051 (7) |

|                                     |         |
|-------------------------------------|---------|
| Biblioteca Universitaria<br>GRANADA |         |
| Sala:                               | B       |
| Estante:                            | 14      |
| Numero:                             | 260 (7) |

R-25-530



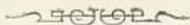


UN DIA  
EN EL CAMPAMENTO.

GALERIA DE BOCETOS

POR

D. JOSÉ SALVADOR DE SALVADOR.



GRANADA.

30 de Mayo de 1866.

IMPRENTA Y LIBRERIA DE D. JOSÉ MARIA ZAMORA.

*Llorca* - 24 SETL 91



AL EXCMO. SEÑOR

D. LEONCIO DE RUBIN Y OROÑA,

CAPITAN GENERAL DE GRANADA,

en prueba de respeto y de estimacion verdadera,

EL AUTOR.

1877

AL EXCMO. SEÑOR

D. ELONCIO DE RUBIN Y GONZA.

CAPIATAN GENERAL DE GUARDA

en provecho de la causa y de la estimacion verdadera

EL AUTOR

---

## UN DIA EN EL CAMPAMENTO.

### GALERIA DE BOCETOS.

---

#### I.

**E**L Excmo. Sr. D. Leoncio de Rubin y Oroña, Capitan General de Granada, dispuso que las tropas del Distrito de su mando acampasen desde el 16 de este mes hasta el 5 de Junio próximo en los Llanos de Armilla sobre el rio Dilar.

Ante todo debemos consignar que ni un céntimo ha costado al tesoro público tan acertada determinacion, y que este es uno de los motivos por qué el ilustrado y digno Sr. Rubin merece mas elogio.

Vinieron, al efecto, á la extensa llanura que rodean las fértiles vegas de Armilla, Churriana, Albendin, Huétor, Cajar y otras veinte villas y lugares granadinos, cuantas fuerzas de las diversas armas del ejército podian abandonar sus cuarteles y destacamentos, sin desguarnecerlos y dejando cubiertas las atenciones del servicio.

Los regimientos de infanteria de Albuera, de Aragon y de Granada: los batallones de cazadores de Vergara y de Baza: los regimientos de caballeria Lanceros de España y de Montesa, y

las dos compañías de los segundos regimientos de Artillería montado y de montaña, son los acampados á una legua de la capital: los que ejecutan las maniobras, evoluciones y ejercicios militares, ya separadamente á las órdenes inmediatas de sus Gefes respectivos; ya combinados en operaciones generales de guerra segun la táctica moderna, que, dicho sea de paso, honra á su inventor el Excmo. Sr. D. Manuel de la Concha, Marqués del Duero y Capitan General de los Ejércitos nacionales, por su sencillez, claridad, precision y lógica, si se nos permite esta palabra, y á las tropas acampadas por la seguridad, rapidez y marcial continente con que la practican.

El Excmo. Sr. Teniente General, Capitan General de Granada, D. Leoncio de Rubin, manda el Campo en Gefe; acompañándole á sus inmediatas órdenes el Sr. Gefe de Estado Mayor general Brigadier Coronel D. Joaquin de Souza y el Capitan Comandante D. Antonio Cordon y Cabrera, y teniendo organizadas las fuerzas del modo siguiente :

General de la Division. — El Excmo. Sr. Mariscal de Campo D. Juan Urbina y Daoiz.

Gefe de Estado Mayor de la misma. — El Coronel de Caballeria, Teniente Coronel del Cuerpo, D. Pedro Estevan y Herrera.

Capitan. . . . . D. Julio Serriá.

### **Primera Brigada de Infanteria.**

Gefe. — El Coronel del Regimiento de Albuera D. Domingo Mondelly.

Oficial de Estado Mayor.—Capitan D. Bernardino Jover.

Cuerpos.—Albuera.—1.<sup>er</sup> Batallon.—Gefe.—El Teniente Coronel D. Juan Orligosa.

2.<sup>o</sup> Batallon.—Gefe.—El Teniente Coronel D. Clemente Lopez Sigüenza.

Batallon Cazadores de Vergara.—1.<sup>er</sup> Gefe.—El Coronel graduado Teniente Coronel D. José Ochotorena.

### Segunda Brigada de Infanteria.

Gefe.—El Coronel del Regimiento de Granada D. Anacleto Pardo.  
Oficial de Estado Mayor.—Teniente Capitan D. Rafael Souza.

Cuerpos.—Aragon.—1.<sup>er</sup> Batallon.—Gefe.—El Teniente Coronel  
D. Pedro Robello.

Granada.—2.<sup>o</sup> Batallon.—Gefe.—El Teniente Coronel  
D. Teodoro Aleman y Gonzalez.

Batallon Cazadores de Baza.—1.<sup>er</sup> Gefe. — El Teniente Coronel  
D. José Casalis.

### Brigada de Caballeria.

Gefe.—El Sr. Brigadier Gobernador militar de la Provincia de  
Jaen D. José Serrano y Acebron.

Oficial de Estado Mayor.—Capitan D. Sebastian Latorre.

Cuerpos.—Regimiento Lanceros de España.—Gefe.—El Coman-  
dante D. Fernando Casamayor.

Idem Lanceros de Montesa.—Gefe.—El Coronel D. Jo-  
sé Gutierrez.

Compañia del 2.<sup>o</sup> Regimiento de Artilleria de montaña.—Capitan,  
D. Francisco Lopez Vazquez.

1.<sup>a</sup> idem del 2.<sup>o</sup> Regimiento montado.—Capitan, D. Juan Mantilla  
de los Rios.

---

El trazado y formacion del Campamento son debidos á la no-  
toria pericia de los Sres. Brigadier Souza y Coronel Estevan,  
quienes, con los distinguidos Oficiales Seriná, Souza hijo y Jover,  
llevan, por decirlo así, el pensamiento y la palabra del General  
á los últimos confines de la llanura; y los Gefes de Brigada Corone-  
les Mondelly, Pardo y Brigadier Serrano, como los de Batallon  
Tenientes Coroneles Ortigosa, Lopez Sigüenza, Ochotorena, Ro-  
bello, Aleman, Casalis, Casamayor, Gutierrez, Lopez Vazquez y

Mantilla de los Rios, ejecutan las órdenes superiores; luciendo á porfia los brillantes Cuerpos que mandan su esmerada instruccion y severa disciplina.

El Sr. Intendente militar D. Valero Navarro, con los Sres. Comisarios de Guerra y demás individuos de Administracion, y el Sr. Gefe de Sanidad D. Jorge de la Linde é ilustrado Cuerpo facultativo, cuidan de alimentar á los sanos con ranchos succulentos, blanco pan y buen vino, y de curar á los enfermos con sabias recetas y asistencia pronta, eficaz y piadosa.

Los Capellanes Castrenses forman en sus puestos honrosos, para acudir donde su sagrado ministerio sea preciso, y creemos haber enumerado cuanto constituye el simulacro guerrero de los Llanos de Armilla.

¡Ah! Nos olvidábamos, sin querer, de mencionar á la varonil Cantinera Ignacia, compañera inseparable del batallon de cazadores de Baza, con sus dos cruces pensionadas de Maria Isabel Luisa en la solapa izquierda de su especial traje; con su envidiable medalla de Africa, en cuya guerra gloriosa ganó aquellas condecoraciones, diplomas de su patriótico denuedo; con su ros en la cabeza, su revolver en el cinturón y su gumía arrebatada con la vida á un valiente moro rifeño; y con su agilidad y esplendidez para servir á sus amigos, á sus camaradas, á sus hermanos los soldados, los pobres y buenos soldados, á quienes tantas veces ha visto luchar y caer y ha recogido valerosa del suelo ensangrentado y lleváolos en sus hombros, por medio de las balas, del humo y del fragor de los combates, á las hospitalarias tiendas del campamento cristiano.

## II.

Estamos á 27 de Mayo: dia de la Santísima Trinidad; fiesta religiosa solemnisima en todos los pueblos católicos.

El alba ha recogido en el espacio inmenso los últimos rayos de la luna, como para enlazarlos á los primeros del sol que la auro-ra conduce sobre sus rosadas alas.

No ha habido, pues, noche; sinó claro y templado crepúsculo.

Los adelantados fulgores del día perfilan de oro las siluetas de la sierra giganté rayada de nieve, que, á los áureos reflejos derramados por los surcos de sus grietas, barrancos y valles, parece un tigre colosal de Siam echado y dormido sobre los montes feraces que al Levante limitan nuestra dilatada campiña.

Las brisas de la mañana, frescas y murmuradoras, se agitan y desatan, sonrien y vuelan; rozando el espeso tomillar que tapiza los Llanos y levantando en olas invisibles su saludable perfume.

Al alegre toque de diana despierta el Campamento, y el bullicio y la animacion y el ruido y las canciones reemplazan al silencio del sueño y del descanso.

No hace un momento que todo dormia: que todo era quietud y reposo: el Campamento parecia un necrópolo egipcio en las soledades de la noche y del desierto; y el ¡alerta! de los centinelas, el lento ruido de sus pasos y el relincho de algun caballo despierto semejaban como el tránsito de una caravana por las cercanías de la ciudad fúnebre que la luna melancólica alumbraba. Ahora parece el Campamento bandada de cisnes que aletean sobre el tapiz de césped y el matizado ramaje de una floresta encantada.

El rumor de los vivaes sube á la atmósfera en ondas prolongadas, y el agudo grito de los clarines; el estridente redoble de los tambores; las numerosas notas de las músicas y charangas; y el ruido producido por el armamento de las tropas; los escarceos de los caballos; el rechinar de las cureñas que ruedan y del atalaje de los cañones, forman un estruendo mágico y sonoro que inunda los vientos de armonía, y triplican y devuelven con acompasado ritmo los ecos de las vecinas montañas.

No hace un momento que todo dormia: los hombres, las aves, los rios, los insectos, los aires, los árboles, todo parecia aletargado y muerto, y ahora todo vive y se mueve; todo se anima y habla; todo acumula un aliento de placer al himno de amor que entona á su Creador la naturaleza agradecida.

El sol sube majestuoso y espléndido, coronado de fuego, á las alturas del firmamento y desde ellas vierte mares de luz sobre la creacion palpitante y desvelada.

Y es que ha amanecido el gran día de los cielos y de la tierra: es que legiones de ángeles y de arcángeles, espíritus inmortales y divinos, llenan las profundidades del Empíreo cantando:—«¡Santo, Santo, Santo: Señor Dios de los ejércitos; llenos están los cielos y la tierra de la majestad de vuestra gloria! ¡Gloria al Padre: gloria al Hijo: gloria al Espíritu Santo! ¡Por los siglos de los siglos!»

### III.

Pero, ¿qué estrépito, qué tumulto, qué ruidoso bullicio viene, se aproxima, rodea las tiendas militares, puebla la tersa llanura, los olivares cercanos y las colinas remotas? ¡Granada ha quedado vacía! ¡Los pueblos de su fecunda vega deshabitados! ¿Quién puede contar esa multitud de muchedumbres? ¿Quién pintarla? ¿Quién siquiera distinguirla? ¡Es un océano de seres vivientes! ¡Van, vuelven, suben, bajan, corren, hablan, gritan, cantan, riñen, tercián, tañen guitarras, repiquetean castañuelas, bailan, comen, beben, rien, se agrupan, se esparcen, se atropellan, caen y se levantan llenos de placer, de entusiasmo, de vida! Tartanas abigarradas, con motes picantes; destartaladas calesas, con cascabels y moños; carros de labranza con campanillos y arandelas; ómnibus pesados; diligencias desmesuradas; carretelas aristocráticas; anchurosos landós; berlinas elegantes; espaciosas góndolas, y tilburís y victorias y cestos de varillaje finísimo y caprichosa y variada forma: caballos de todos pelos y razas; negros, blancos, tordos, castaños, alazanes, bayos, cárdenos, españoles, ingleses, normandos, bretones, árabes; vestidos, enjaezados de cien maneras distintas, con mantas de estambre y seda y alamares y lazos y borlas de cien colores, ó adobadas pieles de cebra, de tigre, de jabali; con bridaje de charol, de lino ó de torzal y bruñidos y deslumbrantes botones y hebillas; tascando los frenos; brotando espuma la caliente boca y los jadeantes hijares, y salpicándola con la arena que al galopar levantan del pavimento sus aceradas

herraduras; y en aquellos mil carruajes y en estos mil caballos otra multitud de muchedumbres innumerables, animadas, gozosas; alzándose sobre unos y otros, como para dominar el maravilloso panorama; como para formar la segunda empinada zona del vastísimo anfiteatro; como para ver desde el aire, porque el suelo no les deja ya cabida.

Y todo esto movido, agitado, revuelto, confundido, flotante como las olas marinas que se suceden con perpetua cadeacia, impelidas é hinchadas por contrarios vientos: y al ruido de tantas pisadas, de tantas palabras, de tantas trovas y polos, de tantas manos batidas á compás de moriscos bandolines y salpimentados estribillos: á la algazara creciente de tantas gentes, girando en todas direcciones; mezclados los pregones de innumerables bolicheros y vendedores ambulantes: los amartelados requiebros de los chuscos á las frescas, encarnadas y lozanotas vírgenes de su devocion: los votos y toses de los celosos escamados: los brindis entre compadres en las ciento y una cantinas empavesadas con vistosos gallardetes y levantadas como por encanto á ambos lados del camino en el ingreso de los Llanos: las carcajadas de los joviales á los epigramas y narraciones sabrosas de los chuzones y decidores: los tamboriles y trompetas de los busca-vidas y jugadores de manos que, ya llevan sobre su espalda medio mundo en sus desvencijadas catalinetas, ya con una mona picarezca, cuatro cubiletos y la varita de las siete virtudes traen á sus amplios bolsillos los cuartos de los bobalicones y se divierten con ellos, haciéndoles creer lo contrario: los himnos y baladas de los arpistas italianos, hombres de nacimiento y tiples de profesion, que dan la vuelta al globo tras *il danaro dei semplici dilettanti*: los chasquidos de las fustas de los aurigas empingorotados que se despepitan por llegar á todas partes tarde y con daño: los chirridos de las bocinas con que los postillones demandan paso y plaza para sus tiros y sus coches monstruosos: el tonillo monótono de las churumbelas y caracolas con que los romeros del valle acuden á la funcion que se prepara; y la zambra, la algazara, el estruendo, en fin, que estallan á cada momento en veinte parajes á la vez de la anchurosa explanada, aturdiendo, mareando, sofocando con

sus continuas explosiones á los oídos delicados y á los espíritus pusilánimes.

Al mismo tiempo, el Campamento, despues de servirse en él un excelente café, no se mueve, sinó que hierve á los toques de asamblea, órden, y llamada y tropa, y esta no corre, sinó que vuela; obedeciendo aquellas que recibe, y parte por todos lados vestida, equipada, armada, á relevar centinelas y patrullas, á destacarse en el camino para esperar á un huésped ilustre y á formar para recibirle, atenderle y obsequiarle; y los distintos uniformes; los banderines de colores diversos; las hermosas y amadas banderas de la patria, blasonadas con el escudo nacional, izadas al viento sobre las tiendas de lona y los centros de los batallones, y flotando desplegadas con ondulacion majestuosa; el riel de las brillantes lanzas, bayonetas y espadas tendidas como ancha cinta de plata, festonando las masas y líneas de soldados con deslumbradores reflejos, y todo, todo el imponente aparato que se desenvuelve de improviso, produce una impresion tal, tan entusiasta y belicosa, que el ánimo se siente arrebatado por una idea sublime y encendido por una chispa sagrada.

#### IV.

Todo está dispuesto: todo en su sitio propio: todo espera la visita de la Iglesia al Ejército; de la palabra, á las armas; de la fé, á la fuerza; del amor, al valor; de la dulzura, al rigor; de la humildad, al poder; de la cruz, á la espada; del apóstol, á las gentes.

Hácia los confines del campo por la parte de Poniente se perciben gran rumor y extraordinario movimiento: todas las miradas convergen á aquel punto, todos los pasos se dirigen á él con celeridad visible y con interés respetuoso. El General Rubin, seguido de su Estado Mayor y escolta, atraviesa á caballo la anchurosa planicie y sale al camino de Granada para recibir la anunciada

visita. Pocos momentos despues reaparece en los Llanos acompañando al Pastor desvelado del fiel rebaño granadino; al insigne Prelado de su Iglesia; al sabio Maestro en ella de la verdad, de la doctrina, del Evangelio de Jesucristo; al sucesor de Cecilio, de Tesifon, de Mendoza, de Talavera; al Excmo. é Ilmo. Sr. D. Bienvenido de Monzon y Martin, gerarca religioso supremo de la metrópoli. Las charangas y bandas de música, de tambores y clarines baten marcha, saludando á su huésped y á su gefe, y cincuenta mil corazones laten con una sola palpitacion de amor filial á su Padre en Dios y en espíritu.

¡Bienvenido sea, como ha sido deseado, y como es amado y amante de los nobles y leales pueblo y ejército que le reciben! ¡Bienvenido sea con la bendicion del cielo, que hará descender de él sobre nuestras cabezas en el momento solemne de nuestra humildad y de la gracia y misericordia divinas! ¡Bienvenido sea como su nombre dice y sus hechos proclaman, para reunir toda nuestra fé, toda nuestra esperanza, todo nuestro amor en una sola oblation, y presentarla al Omnipotente en el ara de los holocaustos!

## V.

En el centro del Campamento y sobre espacioso y elegante tablado, al cual se sube por alfombrada y cómoda escalinata, se ha erigido un magnífico altar dedicado á la Concepcion Purísima de la Virgen Maria, Patrona de las Españas y de sus Armadas. Matizados paños le tapizan, y seda y terciopelo galoneado le decoran: rodéanle balaustradas y columnas bullonadas de gasas blancas y azules, y le entoldan nevado lino y pabellones de tafetan carmesí salpicados de estrellas: lámparas y candeleros de plata y ricas arañas de cristal prismático arden ante la sagrada y hermosa Imágen de la Madre de Dios y de los hombres, y forman su trono: gallardós ramos de flores que exhalan de sus corolas delicada fragancia.

La infantería forma en las tres principales calles que al altar conducen: rodean este las banderas de los Cuerpos con sus escoltas, las escuadras de batidores y las numerosas músicas, y á sus dos flancos la caballería y la artillería cierran el imponente cuadro militar que vá á adorar al Altísimo en la augusta celebración del Sacrificio incruento.

El innumerable pueblo circunda á las tropas y se extiende por la anchurosa pradera hasta los límites últimos de esta, hasta donde la vista le pierde y confunde con las lontananzas del paisaje y de los horizontes.

## VI.

Son las ocho de la mañana. El cielo está limpio, azul y brillante: la atmósfera diáfana y serena: la temperatura suave y apacible: el aire embalsamado de campesinos aromas.

La concurrencia se prepara impaciente para presenciar la ceremonia excelsa: un fotógrafo convenientemente situado se dispone á tomar copia del gran suceso religioso que se desarrolla á su vista; puéblase de auxiliares y de pajes el presbiterio, y asciende á él, mesurado y circunspecto, el dignísimo Arzobispo de Granada, llevando sobre la muceta episcopal la gran cruz y banda de la Real Orden americana de Isabel la Católica. Un rumor universal de cariño y de respeto produce su presencia ante el propiciatorio, y, ministro del Cordero sin mancha, revístese los ornamentos sagrados, para conmemorar su pasión y muerte por nuestras culpas y darle gracias por su bondad infinita, en nombre de la humanidad rescatada con su sangre sacratísima desde el madero santo de la Cruz, suplicio entonces afrentoso en Jerusalem la deicida.

Principia la celebración del Misterio divino y desde el introito mézclanse las dulces melodías de la magistral banda de Albuera á las oraciones del venerado celebrante y á las deprecaciones del arrodillado concurso.

Si hay palabras que alcancen á expresar la devocion, la compuncion, el recogimiento, el silencio, la religiosidad, la solemnidad con que el ejército y el pueblo asisten á este acto soberano y grandioso del católico culto; no las hallamos, no las sabemos; serán de otros idiomas que hablarán en otros hemisferios seres inmortales.

No hay actitud altanera, ni semblante ceñudo, ni ojos enjutos, ni labios que no balbuceen al elevar á Dios las tiernas y humildes plegarias del alma; pero llega el momento sublime, maravilloso, sobrehumano de la consagracion del pan ácimo y del vino; el Hacedor del universo: el Rey de reyes, de tronos, de potestades y dominaciones: el Santo de los santos: el Señor de los cielos y de la tierra; de los ángeles y de los hombres; Hijo de Dios y Dios mismo, vá á descender á las manos del consagrante, por la virtud y eficacia de sus sacramentales palabras y promesas divinas; y todas las armas y los estandartes se rinden; todas las cabezas se descubren, todas las rodillas se doblan; todos los cuerpos se inclinan; todas las frentes se bajan; todos los pechos son golpeados; todos los corazones palpitan de alegría, de contricion, de fé, de esperanza y de amor; todos los ojos se inundan en lágrimas de gratitud, y la naturaleza entera tiembla de placer, de reconocimiento, de humildad, de entusiasmo....!

A los cuatro vientos rompen en unísono concierto las charangas militares, parches y cornetas, tocando el himno régio de la patria; y, entre las espirales de incienso exhaladas de los agitados turibulos, resplandece, como la luna mas clara del estio, la hostia blanquísima, elevada por el Sacerdote católico sobre su corona de virtudes y sobre el mar viviente que la adora en éxtasis profundo, como á la mas alta y sobrenatural maravilla; como al don celestial mas glorioso; como á la mas inefable y sacrosanta manifestacion de la grandeza, del poder y de la misericordia del Invisible!.... Con igual pompa y magnificencia es alzado el cáliz purísimo á la contemplacion de nosotros, sus adoradores, y queda completa y perfectamente realizado el prodigio de la transubstanciacion, segun la voluntad del Redentor del linaje humano, manifestada en el cenáculo á sus asombrados discípulos.

Ese, antes pan, es ya el Cuerpo; ese, antes vino, es ya la

Sangre del Nazareno Señor nuestro, y el Nuevo Testamento, sellado con ella, la Ley de gracia inagotable y de infalible justicia, dada por el Mesias á todas las generaciones.

¡Ese Cuerpo y esa Sangre, por sus méritos, si los aprovechamos, nos han sacado de la nada; nos han libertado de la esclavitud del demonio; nos han redimido; nos han abierto las puertas de Sion por eternidad de eternidades! ¡Ese Cuerpo y esa Sangre son nuestra salvacion y nuestra bienaventuranza! ¡Ese Cuerpo y esa Sangre son el Cuerpo y la Sangre del immaculado Mártir del Gólgota! ¡Ese Cuerpo y esa Sangre son la humanidad y la divinidad de Jesucristo, siempre con nosotros, para la salud del mundo!... ¡Ese Cuerpo y esa Sangre son, en fin, la explicacion de todos los simbolos y figuras! El árbol frondoso paradisiaco que brota de nuevo y extiende sus frescas ramas y sazonados frutos por todos los ámbitos de la tierra: el arca del nuevo Noé que vuelve á sacarnos de otro tempestuoso diluvio: la piadosa ofrenda de Melchisedech otra vez aceptada: los sacrificios de un Abel mas inocente y de un Isaac mas humilde, ofrecidos en otro Edem mas fecundo y en otro Moria mas escarpado y terrible, para desarmar la diestra del Eterno Padre airado: la inmolacion de un cordero mas cándido, para escudar con la púrpura de sus venas, no ya las casas marcadas de los israelitas, sinó las de los primogénitos de Egipto y las de todo el pueblo de Dios, del exterminio de la celeste espada: la nueva densa nube que vela los abrasadores rayos del sol, durante el dia, y la columna de fuego que, durante la noche, guia por el desierto á los nuevos perseguidos de nuevos Faraones: otro Patriarca, mas poderoso y grande que Moisés, que divide con el madero de su crucifixion las encrespadas olas de otro mar rojo mas proceloso y dilatado; que hace llover con mayor abundancia sobre su escogida tribu el suave maná y el pan de los fuertes, y que toca con su dedo otra roca mas dura, haciendo brotar de ella nueva fuente copiosa de aguas mas cristalinas, que sacian la ardiente sed del alma: otro tabernáculo de Silo y otro templo de Salomon, construidos con superior arte y riqueza sobre cimientos indestructibles, para contener la perdurable llama: otro Eliseo mas sabio, mas justo y perfecto que con un solo grano de sal ha convertido en sa-

nos los nocivos manantiales de Jericó: que no ha curado de la lepra al sirio Naaman; sinó resucitado á Lázaro: que no ha rogado á Dios que ciegue á sus enemigos, sinó que les brinda y ofrece los vivos rayos de su luz inmanente; y otro Elias mas inspirado y santo que, además de consumir con la lumbre de sus hornos celestiales la víctima y el ara de su ofrenda ante los mentirosos profetas de Baal, hunde, rompe, pulveriza con su palabra poderosa y con su ejemplo admirable los sensuales y groseros ídolos del politeísmo, llevados por Roma en hombros de sus siervos y legionarios á todos los confines del globo!!...

¡Adoremos prosternados al Dios de Abraham, de Jacob y de David, que tomó carne humana y se hizo hombre y murió por nosotros; dejándonos su Cuerpo y su Sangre como legado divino, como manjar de vida, como testimonio de su inmenso amor y de su clemencia infinita!

¡Adoremos, con la faz en el polvo y el corazón lleno de su sacrosanto nombre, al Dios Todopoderoso, cuya ilimitada bondad se digna dispensarnos tales favores y tan santificantes beneficios!

¡El es el que es! ¡Acatemos sus inexcrutables designios! ¡Reverenciemos sus indescifrables arcanos! ¡Cumplamos su voluntad omnimoda! ¡Y bendigámosle sin cesar todas las criaturas!!

## VII.

La Misa ha concluido.

Mientras el Prelado celebrante se despoja de sus rituales vestiduras, los Coros del Regimiento de Albuera, acompañados por su famosa Banda, cantan con notable entonación y buen gusto el himno siguiente, letra del autor de esta reseña y música del director de aquella D. Juan Comas. La primera nada vale: la segunda es una composición vigorosa, agradable, sencilla, y ambas puede decirse que han sido casi improvisadas.

Á LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

---

HIMNO.

---

CORO.

---

¡Oh Tú, Dios Uno y Trino !  
¡Oh Dios de Sabaoth !  
Escucha el himno humilde  
de nuestro corazon.

---

ESTROFA 1.<sup>a</sup>

---

Soldados españoles  
somos, Dios inmortal :  
la patria es nuestra madre ,  
concédela tu paz :  
feliz y poderosa  
hágala tu bondad ,  
como es noble y valiente  
y grande sin rival.

Mas si alguién, atrevido, de fuera ó dentro, intenta  
su nombre, su estandarte, su gloria mancillar ;  
¡Tú, Dios de los ejércitos, nuestro valor aumenta !  
¡Tú, Dios de las batallas, dános tu potestad !

---

CORO.

---

¡Oh Tú, Dios Uno y Trino ! etc.

---

ESTROFA 2.<sup>a</sup>

Guerreros, ¡oh Dios! somos  
con ardorosa fé  
de la segunda, buena,  
magnánima Isabel.  
Cól mala de venturas  
y á su prole y su grey,  
¡oh Dios de la clemencia!  
¡oh Soberano Bien!

Y ¡gloria á Ti, Dios nuestro! Si, ¡gloria á Ti, Dios fuerte!  
¡Oh Señor de los pueblos! ¡Oh de los reyes Rey!  
¡Ya á las naciones alces del polvo de la muerte!  
¡Ya á los monarcas legues tu espada y tu poder!

CORO.

¡Oh Tú, Dios Uno y Trino! etc.

VIII.

A los últimos acentos del Coro reemplazan los primeros de una cariñosa y enérgica plática dirigida por el Sr. Monzon á las tropas y al pueblo.

Quisiéramos recordarla íntegra para trasmitirla á nuestros lectores; mas esto es imposible. Apuntaremos, sin embargo, las ideas cardinales del religioso discurso, que mejor pudiera llamarse exhortación paternal y fervorosa.

«Soldados queridos míos: Pueblo y Clero de mi querida Granada» — dice el Prelado eminente con afectuoso tono y ademán



resuelto — «Sois mis hijos en Dios y como padre os amo. Yo os voy á decir la verdad, cumpliendo la voluntad del Altísimo que aquí me ha traído para deciroslo. Yo os voy á decir la verdad que es el único lenguaje del sacerdote. Yo, aunque indigno de ser el intérprete de la palabra divina, voy á explicárosla con claridad, con sencillez, con sinceridad y con amor.

«Yo soy aquí el primero de mi estado por la gerarquía y el último por los merecimientos. Vosotros mis hijos muy amados, y, como tales, comprendo que me amais también.

«Los avezados á la vida azarosa de las batallas; al fragor de los combates; al estruendo y horrores de las guerras; á las penalidades, trabajos, privaciones y dureza de vuestra heroica profesión, en que tanto habeis de menester el valor como la prudencia; el rigor como la caridad; la fortaleza como la templanza; oidme: yo os voy á decir á qué arsenal, á qué parque teneis que acudir por armas poderosas para triunfar en las militares contiendas.

«Los que me ayudais á apacentar el amado rebaño; los que le llevais á sestear á la sombra del árbol santo de la Cruz y á pasar en los fértiles campos del perdón y de la gracia; oidme: yo os voy á decir en qué otero hallareis más abrigo; en qué abrevadero más agua; en qué prado más abundantes y mejores yerbas.

«Los que vivís en la gestión de los negocios públicos; en el ejercicio de la autoridad; en el deber de la obediencia; en la agitación del siglo; en la paz del hogar risueño; en la holgura de la opulencia; en la estrechez de la pobreza; en los trabajos continuos de la existencia; oidme: yo os voy á decir en donde está el tesoro inagotable de todos los bienes, de todos los consuelos, de todas las alegrías; en donde resplandece perpetuamente la estrella radiante de la esperanza!

«¡Oidme: valientes soldados: sacerdotes piadosos: pueblo cristiano!—El temor de Dios es el principio, el fundamento, la base de todas las felicidades humanas y garantía indefectible de las divinas.

«No es esta la primera vez que los Prelados de la Iglesia Católica hablamos á los ejércitos y á los pueblos en medio de los cam-

pamentos y de las anchurosas campiñas: los Apóstoles se esparcieron por el globo, llevando á todas partes la luz del Evangelio y el ejemplo de sus acciones: todos ellos y muchos de sus discípulos confirmaron su predicacion con su martirio; y cuando veian espirantes descender sobre sus suplicios á los ángeles para orlar sus cabezas con diademas de gloria y poner en sus manos palmas inmortales, dejaban su sangre en la tierra para que fructificase; bendecian al Eterno por su infinita clemencia, y volaban á su seno en alas de su espíritu, á sumergirse y confundirse en él como los rios en el mar, como la luz de los luceros en el disco del sol que alumbra y vivifica el universo mundo.

«No es esta la primera vez que los Prelados Católicos alzamos nuestra voz sobre las hazes y los trofeos; sobre las tiendas encerradas y las bélicas legiones; ante las banderas, estandartes, lábaros y oriflamas de las naciones mas grandes y poderosas; ni será la última que resuene, conmoviéndolo, en el corazon de los varones fuertes de la tierra; porque nuestra mision es la conquista de las almas; nuestra espada la palabra; nuestro escudo la fé; nuestro denuedo la esperanza en las divinas promesas, y el amor á Dios y al prójimo, la caridad, el móvil que nos alienta y fortifica.

«Acaso en este mismo paraje; quizás en el propio sitio que yo ocupo, resonó el acento elocuente del Cardenal Mendoza, hace cerca de cuatrocientos años, ante las aguerridas y hazañosas huestes de la católica Isabel primera de Castilla y de Fernando quinto de Aragon, agitando, enardeciendo, alentando los valientes corazones de sus Capitanes esforzados: acaso en este mismo sitio, cuatrocientos años ha, Gonzalo Fernandez de Córdoba, Tenedilla, Pulgar, Portocarrero, Martin Bohorques, Garcilaso y cien caudillos invencibles del invicto ejército cristiano que sitiaba á Granada, para rendirla y dar fin á la guerra feral y épica de siete siglos; recibian, con la bendicion del Príncipe insigne de la Iglesia, la resignacion, la fuerza, la constancia y el valor necesarios para realizar aquellas árduas empresas que, en honra suya, vergüenza de los cobardes y prez de nuestra patria, registran con entusiasta orgullo las crónicas preciosas de aquellos tiempos nobilísimos.

«Antes de ellos; mil cuatrocientos años antes, los acentos de Cecilio y de Tesifon fueron los primeros que enseñaron la doctrina de Jesucristo en estos campos yermos, en esos valles floridos, en aquellas azuladas cordilleras, y en aquella ciudad encantadora que veis desde aquí recostada sobre siete colinas. Levántase sobre ellas el Sagrado Monte Ilipulitano, coronado de cenizas, dando testimonio de la tiranía de los Césares paganos, enemigos formidables de la verdad, que aplacaban sus iras, ó divertían sus ocios con espantosas hecatombes humanas. Yo: sucesor, aunque indigno, de aquellos mártires cristianos, estoy preparado á morir predicando la palabra de Dios, oída ó revelada, si abortara nuevos Césares el panteísmo que se irgue altanero y rebrama desesperado en el norte del continente. Ayudadme todos con vuestras oraciones á impedir su invasion temida; porque se acercan días de prueba y de horrores, de consternación y de luto para la verdad y la justicia; el viento de las revoluciones sopla desencadenado y solo la mano del Omnipotente logrará amarrarlo y ponerle vallas! La soberbia, que envenenó en el Paraiso las fuentes de la vida, fué hollada por Maria en Galilea; pero pone asechanzas á su calcañar: fué herida de muerte por Jesus en la montaña de las calaveras; pero aun dura su agonía tremenda y despide dardos emponzoñados de su boca entreabierta y de sus erizadas escamas. Ayudadme todos á irritarla con nuestra mansedumbre, para que en rápida y violenta convulsion sucumba!

«La indiferencia religiosa es el cáncer que devora á las modernas sociedades: nació de las entrañas de la falsa civilizacion y la matará la civilizacion verdadera. Ayudadme todos á iluminar la inteligencia de los que viven en la ignorancia.

«Sí: pueblo católico: ejército leal: sí, hijos míos en el Señor: es preciso; es indispensable; es urgente que escuchéis mi voz paternal y amiga; que sigáis mis consejos; que unáis á los míos vuestros esfuerzos, para combatir y vencer al enemigo de nuestras almas, de nuestra paz, de nuestra salvacion y de nuestra felicidad eterna.

«El temor de Dios es el principio de la sabiduria,—dice el Espíritu Santo.—El temor de Dios, dije antes y repito ahora, es la base

de todas las grandezas humanas: de la sabiduría, del valor, de las virtudes. Sin el temor de Dios no hay ciencia, ni ilustración, ni civilización en los pueblos. Sin el temor de Dios no hay valor, ni heroísmo en los ejércitos. Sin el temor de Dios no hay virtud posible en los hombres!—Con la ciencia que teme á Dios atravesó Colon los atlánticos mares, lleno de fé en una sospecha sublime, hasta encontrar en las regiones del polo antípoda un mundo desconocido de magnificencia fabulosa. Con el valor que teme á Dios triunfaron nuestros abuelos de Almanzor en las Navas; de Albohacem en el Salado; de Motezuma en Méjico; de Atahualpa en el Perú; de Ali-bajá y de Barbarroja en Lepanto, y del coloso de los capitanes y conquistadores, de Napoleon el grande, cuyo nombre pronuncia todavía la vacilante Europa con pavoroso asombro y respeto profundo. Con la virtud que teme á Dios se humillaban nuestros mayores en el tribunal de la penitencia; se acercaban á la mesa Eucarística, y, fortalecidos por la pureza del alma y los favores del cielo, daban cima á titánicas acciones; sobresalian entre los mas encumbrados; alejaban de nuestra patria todos los males, y atraian sobre ella la prosperidad, la abundancia, la salud y la gloria!...

«La obediencia, la subordinación, la disciplina son hijas del temor de Dios y garantías seguras de la paz y de la ventura de los Estados.

«Yo obedezco á mis superiores y, al hacerlo con humildad y regocijo, cumpla el primero de mis deberes y descargo mi conciencia de graves tribulaciones y de enormes responsabilidades. Vosotros, pueblo cristiano y bravos soldados, debéis hacer lo mismo: vosotros debéis obedecer las leyes que os rigen, á las autoridades que os gobiernan, á los gefes que os mandan. Los unos sois miembros del cuerpo social que se llama nación: los otros defensores de su inmunidad, apoyos de su existencia, mantenedores de su orden y de sus instituciones; y todos nosotros, cada uno en el puesto en que Dios nuestro Señor se ha dignado colocarle, los hijos de esta madre amenazada que llamamos patria; de esta vasta monarquía, cuya independencia es nuestro honor y mas laureado timbre.

«Temamos, pues, á Dios si queremos ser sabios, valerosos y grandes: temamos á Dios si anhelamos ser poderosos y felices: no pronunciemos su nombre soberano sinó para alabarle y ensalzarle, y, si oimos que de Él blasfeman algunos labios desdichados, roguémosle que se apiade del hijo ingrato y que perdone su delito horrible!...

«Pidamos á Dios, amados míos, con fervor y confianza, que dé resistencia, fortaleza y perseverancia á Nuestro Santísimo Padre Pio IX, Pontífice soberano que conduce la barca de Pedro por los traidores bagíos de un mar de pasiones y de angustias, hasta sacarla á salvo de las turbulentas olas que la combaten!...

«Pidamos á Dios con interés y anhelo que conceda á nuestra Reina D.<sup>a</sup> Isabel II salud, ventura, paz á su alma y á sus Estados, copia de bienes á sus pueblos, y luz, divina luz para regirlos y llevarlos por las sendas de la piedad y del honor al goce tranquilo de la felicidad que merecen, por su lealtad, por su heroísmo, por su genio, por su grandeza y por su historia!

«Pidamos á Dios, con solicitud y buena fé, que otorgue á nuestra amada patria su proteccion y santa ayuda, para que permanezca fiel á sus tradiciones, á su fé, á su unidad religiosa y á sus leyes, y de este modo, único que eleva á las naciones á dignos destinos, llegue á la altura que rayó en su edad de oro, y á ser envidiada y respetada, como lo fué de polo á polo, por sus artes, por sus letras, por sus armas, por su valor, por su poder, por su consejo.

«Pidamos, en fin, á Dios nuestro Señor, los unos por los otros: vosotros por mí, para que me auxilie é ilumine en la obra de vuestro gobierno espiritual, y yo por vosotros, para que os colme de gracias y de carismas en esta vida y os abra despues y nos abra á todas sus criaturas las puertas de la Salem inmortal, sus sagrados brazos y su seno amantísimo por evos infinitos!!—Amen.»

Tal es la plática levantada y sabrosa dirigida por el Sr. Monzon á todos los presentes: tales ó parecidas palabras las que han salido de sus labios: quizás se nos hayan olvidado algunos de sus muchos y profundos conceptos, y, de seguro, hemos estropeado los expuestos en ese ligero y desaliñado apunte que debemos solamente á nuestra torpe memoria; pero vístanlo nuestros lectores

con todos las galas del buen decir y se acercarán algo á la realidad.

Concluida la paternal exhortacion y puesto de pié el sabio Prelado, avanza hasta la escalinata, rodeado de su Clero y de los Capellanes Castrenses; pronuncia lentamente y con fuerte voz la antifona sublime del Trisagio, que repiten á su vez cincuenta mil bocas; alza los ojos y las manos al cielo; invoca su favor, y, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, dá su bendicion á la multitud conmovida que la recibe humildemente prosternada.

En este instante una hermosa águila blanca que ha estado cerniéndose sobre el altar durante toda la Misa, de cuya presencia hemos hecho muchos testigos, se eleva y desaparece en las alturas del espacio. Citamos el suceso y respondemos de su verdad: á nosotros nos ha estremecido de placer: no faltará quien de nosotros se ria por esta credulidad inocente; pero no envidiaremos las cavernas donde esa risa se fermente, ni el cráter que la escupa á los aires de la despreocupacion y de la indiferencia.

Los Excmos. Sres. Capitan General, General Gobernador y Brigadier de cuartel, Estado Mayor y Gefes y Oficiales de todos los Cuerpos acampados suben la gradería y besan el arzobispal anillo, y lo mismo verifican en seguida la Excmo. Sra. D.<sup>a</sup> Carolina Llanos de Rubin y cuantas señoras rodean el improvisado presbiterio; cuyos nombres citaríamos si no temiésemos incurrir en algun olvido censurable.

Con esta afectuosa demostracion de respeto termina el solemne acto religioso que ha dejado en la mente de todos un recuerdo imborrable y en todos los corazones una alegria desconocida.

## IX.

Las tropas desfilan á sus respectivos cantones campales, forman pabellones y se preparan á comer el primer rancho. El Reverendo Arzobispo, acompañado de los Sres. Generales y Ayudantes,

recorre todo el Campamento; bendice las ollas de campaña; prueba las menestras que contienen, y se distribuyen estas con abundancia y órden notables á los soldados, que comen y beben alegres y se esparcen despues y cantan y saltan y bromean, al compás de las danzas y habaneras que tocan las bandas, mientras en las tiendas del Capitan General, Estado Mayor, Artilleria, Sanidad y Administracion Militar y Gefes de los Cuerpos se sirven almuerzos abundantes y exquisitos á centenares de personas invitadas allí de improvisó.

La señora de Rubin y el Sr. Monzon ocupan los centros de la mesa en la tienda del Capitan General, y este, con las Autoridades granadinas presentes, los Generales y Brigadieres, Coroneles y Gefes de los Cuerpos, Gobernador de la Alhambra y otras personas de su particular estimacion, alternan en aquella con las señoras que, por su posicion oficial ó amistad con los anfitriones espléndidos, asisten al matulino banquete; embelleciéndolo y animándolo con su presencia mas que los bronce, los búcaros y las flores que lo decoran. Inútil es decir, no la abundancia; sinó la prodigalidad, la duplicidad de los suculentos manjares, de los *vol-au-vent*, de los pavos *truffles*, de los jamones en dulce, de los hojaldres, almíbares, entremeses, encurtidos, embuchados, vinos y licores que cubren la mesa ó se ofrecen al excitado apetito de los comensales. La finura de los obsequiantes compite con la alegría de los obsequiados, y la cordialidad de los primeros con la consideracion de los segundos: reina la confianza sin agravio de la circunspeccion, y todo acredita la distinguida condicion de las personas reunidas. Algunos afectuosos y rápidos brindis avivan las simpatias de las mismas, y los augustos nombres de S. M. la Reina, de su Real familia, de España, de su episcopado y de su ejército de mar y tierra, reciben el homenaje de la aclamacion y de las morigeradas libaciones.

A todos los lados del Campamento se oye igual ruido y se vé idéntica profusion de obsequios. Parece que el númen pródigo de la generosidad domina en todas partes la opipara fiesta. Cada relleno, de hermosas mujeres lleno, es un invernáculo de flores gallardas y olorosas: cada tienda un festin delicioso y embriaga-

dor: la animacion que en todas impera; las risas placenteras de tantos labios femeniles; las protestas de amistad de tantos pechos expansivos; las galantes lisonjas de tantos pensamientos exaltados; los áticos chistes de tantas imaginaciones meridionales; el golpe sonoro de tantas copas chocadas y bebidas por la ventura de la patria, por los misterios del amor ó por la buena suerte de los libadores; el estallido de tantas botellas del *champagne* espumoso, destapadas para escanciarlo nuevamente en los cristalinos cálices del convite, y todos los rumores de estas *panathénæas* fascinadoras en los últimos minutos de su celebracion, producen un estruendo tan extraordinario que supera al de las músicas marciales, y se difunde por los aires como los cánticos extraños de los primitivos cultos.

Y es tal el movimiento, tan brillante el aspecto, tan armonioso el estrépito y tan rico y variado el conjunto del cuadro que, si de repente se apareciese un sacerdote sálio, evocado de su eterna noche, contemplándole con asombro, le creería una de las *Matronales* verificadas en honor de las damas que obtuvieron la paz entre romanos y sabinos; la celebracion de la concordia de Vénus con Marte, celoso de Adonis, ó la preparacion de los juegos *Pírricos* en honor del hijo de Aquiles.

## X.

La hora del simulacro se acerca. Los golpes ó toques de compañía resuenan y se repiten. Luego los de llamada y tropa, botasillas y generala.

Los soldados corren en todas direcciones, se pertrechan y disponen, forman en sus cuerpos respectivos, son rápidamente revisados y marchan animosos á la funcion de guerra preparada y ordenada con previsor tacto por el Excmo. Sr. Capitan General D. Leoncio de Rubin, Gefe de todas las fuerzas.

El Campamento, como los cuadros disolventes, ha cambiado de

faz y el campo todo se mueve y agita, se esparce y aclara, se aleja y situa convenientemente, para presenciar sin riesgo las operaciones militares. Nótanse cierto sobresalto en los *prudentes* y cierta parsimonia en los *temerarios*. La señora de Rubin y demás convidadas, el Sr. Monzon y las Autoridades y familias de los Gefes, ocupan el tablado dispuesto al efecto en el centro de las tiendas ó plaza del cuartel general, y las cantinas, carruajes y collados se coronan de gente, para ver mejor el espectáculo guer-rero.

Un cañonazo anuncia su principio y la division se pone en marcha con objeto de posesionarse del pueblo de Armilla, ocupado por algunas fuerzas enemigas, que se hallan en combinacion con un gran destacamento existente en Churriana, á cuyo punto será preciso inclinar el mayor número de las tropas.

Fórmase en línea de columnas la division, é instantáneamente las ocho piezas de artilleria rompen el fuego sobre Armilla. Los disparos son tan fuertes que hacen retemblar el pavimento en toda la extension de los Llanos, y se suceden con tanta precision y celeridad que parecen ecos los unos de los otros, ó una série de truenos que ruedan sobre el haz de la tierra en torbellinos de humo.

Se destacan por la derecha el batallon de Granada, una seccion de la compañía de montaña y dos del regimiento caballeria de Montesa con objeto de envolver el pueblo citado y de atacarlo por la espalda.

El batallon de Aragon despliega al frente en guerrilla dos compañías, que se aproximan á Armilla, y el resto permanece firme; teniendo á cada costado las dos baterias, que rompen el fuego contra el enemigo. Este hace una salida vigorosa é inesperada y el mismo batallon forma en columna de medios batallones, adelanta uno de ellos y es rechazado con tal energia que tiene que retroceder y que desplegarse en batalla el otro.

El grueso destacamento de Churriana comprende desde el primer movimiento de la division, que se propone tomar á Armilla, y resuelve salir tambien, atacar y apoderarse del Campamento, envolviendo el flanco izquierdo de aquella; pero los dos batallones

del regimiento infanteria de Albuera hacen un cambio de frente á la izquierda para oponerse, y en columna cerrada cada batallon extiende sus guerrillas, que rompen el fuego, desplegando la batalla despues de mantenerse algun tiempo.

La bateria montada acude en ayuda de estas fuerzas, y al encuentro de las que vienen de Churriana salen los dos regimientos de caballeria de España y Montesa; dan dos magnificas aunque infructuosas cargas, y se ven obligados á retirarse precipitadamente; inclinándose con decision á la izquierda, para rehacerse, lo que consiguen con presteza y perfeccion, protegidos por los batallones de cazadores de Vergara y de Baza que, colocados á retaguardia de la caballeria, siguen en columna cerrada su movimiento.

Fuerte, rudo y tenaz ha sido el ataque enemigo, y tal es la insistencia con que se prolonga que los lucidos batallones de cazadores se ven obligados á formar los cuadros: ayudados por la bateria montada rompen el fuego, y este es tan nutrido y certero y la resistencia tan viva y violenta que el enemigo se encuentra en la necesidad de replegarse. Entonces tornan á formarse las columnas, avanzan á la bayoneta una distancia de cien metros, y vuelven á incorporárseles dos escuadrones de España, que cargan al propio tiempo con resuelta carrera y marcial denuedo; consiguiendo que se pronuncie aquel en retirada sobre Churriana.

Declarada la derrota de estas fuerzas contrarias, para completar la victoria vuelve á dar una carga el regimiento caballeria de Montesa; continuando la persecucion de los vencidos hasta la entrada de la poblacion; mas, como han quedado entre la misma y la de Armilla algunos dispersos, cárgalos á discrecion, inclinándose á la derecha, un escuadron de España; verificado lo cual, se dirigen hácia Armilla las columnas de ataque, á la vez que el batallon de Granada, despues de haber hecho fuego contra el pueblo, entra en él, lo atraviesa y somete á sus defensores.

En este momento y como señal de triunfo tocan diana las bandadas de música: cesa el fuego en todos los puntos del combate: suena el vivo toque de fagina, y con las banderas desplegadas al viento regresan al Campamento las tropas, marchando al son de victoriosos himnos.

Tal es la relacion sucinta de las operaciones bélicas practicadas con admirable seguridad, efecto sorprendente y completa fortuna por la division compuesta de los cuerpos enumerados al principio, á las órdenes inmediatas del entendido General Urbina.

Es casi imposible describir el aspecto imponente del campo, durante las dos horas del combate.

Todos sabemos que hemos asistido á un simulacro: que este nó es otra cosa que la ficcion de una batalla: que la ficcion no es la realidad; y, sin embargo, realidad nos ha parecido y realidad temible y grandiosa.

Las descargas cerradas de fusileria y el fuego graneado; coreando los estampidos horrisonos de los cañones al compás del toque de guerrillas y de las marchas de cinco bandas militares, cinco de tambores y cinco de cornetas, ó, lo que es igual, de quince bandas numerosas, ó, mejor aun, de mas de quinientos instrumentos de fortísima y aguda resonancia; y, al mismo tiempo, el galopar y relinchar de los caballos; el chocar de las armas; el aliento excitado de ginetes y de peones; los golpes de las cajas y cornetas de órdenes; los clarines de los escuadrones; las carreras de los Gefes y Oficiales de Estado Mayor y de los Ayudantes de Campo, trasmitiendo con la rapidez del rayo las disposiciones del General en Gefe, al de la Division y á los de las Brigadas; las voces de mando para las evoluciones parciales; las corridas de la multitud, evadiéndose constantemente del alcance de las tropas, con los gritos consiguientes á esta clase de movimientos desbandados; y todo esto salpicado por los mil relámpagos brillantes y continuos de los disparos, que ya semejan centellas luminosas, ya ráfagas de luz que se prolongan y extinguen, como estrellas corridas: todo esto matizado por los banderines, estandartes y banderas, que flotan y circulan como bandadas de aves de magnitud asombrosa; por el reflejo de los aceros; por el destello de las doradas chapas y metálicos escudos; por los ondulantes y flexibles plumajes y blancas crines de los morriones de distintas formas y apuntados sombreros, y por el color de tantos trajes militares, de tantos arreos y galoneadas mantillas: todo esto, finalmente, moviéndose, palpitando, estallando, tronando, relampagueando en medio de colosales nubes de humo y polvo

candentes que suben al espacio en espirales tendidas, cortadas veinte veces por las corrientes del aire, ó lanzadas verticalmente por el huracan como trombas asoladoras; es un cuadro mágico, inmenso, indescriptible, digno de Horacio Vernet, de Vandik, de Velazquez, si el pincel hubiera de trazarle; de Tasso, de Ercilla, de Hugo, si la pluma hubiese de describirle. Todo esto juntándose y separándose, rugiendo, silbando, ensordeciendo, deslumbrando, revolviéndose, con su fragor tempestuoso y sus cambiantes encendidos, su perpetua agitacion y su perpetua transformacion, es el delirio varonil de una cabeza calenturienta y la fantástica combinacion, variamente reformada, de un kaleidoscopio gigante...!

## XI.

Regresa al Campamento el General Rubin, seguido de su Estado Mayor, de sus Ayudantes y escolta: saluda al bondadoso Prelado; le recibe al pié de la gradería; besa su anillo; acepta su parabien cordial y le acompaña hasta el carruaje, que espera á aquel para conducirle á Granada: despidele y retorna á su cómoda tienda árabe, recogida á los rifeños en la campaña de Africa.

Todas las tropas regresan tambien; forman pabellones, y se entregan á las dulzuras del descanso.

Así pasan las horas del calor rigoroso hasta las cinco de la tarde, que, de órden superior, forma en línea de parada el lucido batallon de cazadores de Baza para ejecutar la esgrima de la bayoneta, la cual se realiza con aplauso de los inteligentes y sorpresa nuestra, y, concluida, vuelve aquel á su departamento á tomar el segundo rancho que principia á repartirse.

Sirvese, á la sazón, la comida en las tiendas con igual esplendidez que el desayuno, y, cuando ha terminado, mientras llega la ocasion de partir, tiene lugar un improvisado baile á la luz tenue

y grata del crepúsculo vespertino y de la luna, que se eleva majestuosa desde el pico de *Muley-Hacem*, argentando los cielos. Las bellas granadinas, gala y adorno del hechicero Edem en que han nacido; mas bellas que sus flores y mas perfumadas que sus brisas; danzan y voltean con los distinguidos oficiales de la division que, á su continente severo, saben reunir toda la flexibilidad cortesana. En los intermedios preséntanse los criados del General con bandejas de dulces, bizcochos y helados, y como si todavía no fuesen bastantes los obsequios y atenciones del muy galante caballero y de su amable señora, al retirarse la encantadora pléyada, se reparten preciosos ramos de rosas á las estrellas que la componen. Ocúltanse estas en las nubes de sus carruajes; y aléjanse pesarosas de que tan breves sean las dichas de la existencia.

Nosotros hacemos lo propio, aunque no somos estrellas, y tenemos vernos estrellados: conservamos gratísima memoria de este gran dia que no tiene par entre los pocos lisonjeros que hemos disfrutado; las tropas marchan á sus cantones y cuarteles, y el Campamento, guardado por desvelados centinelas, queda envuelto en la soledad y en el silencio de la noche.

---

